

## Carta para mi hijo Irving

Ma. Elena Salcido Villalba

Hola Irving:

Seguramente te preguntarás por qué te escribo estas líneas. Tal vez estés pensando que es otra de las ocurrencias desatinadas de tu mami. Pues fíjate que después de tanto darle vueltas a la idea de sobre qué tema escribir, apareciste tú, así como por arte de magia, tal como llegaste a mi vida.



Necesito soltar algunas “cositas” que tienen años metidas en mi cabeza. Como ya te habrás dado cuenta, tienes una mamá medio (o más bien completamente) obsesiva; tú más que nadie sabes que he trabajado mucho en cuanto a mi estabilidad emocional, aunque confieso que me falta muchísimo para alcanzarla. Pues bien, ya no te lleno tu cabecita de palabras raras, vayamos al grano.

Irving, mi charla contigo requiere de retroceder el tiempo un poquito, digamos que once años atrás, justamente cuando tenía yo 22 años, y tu papi tenía 21, que por cierto siempre se burla de la “mínima” diferencia de edad entre él y yo; qué injusto ¿no crees? Pues bueno, se nos ocurrió, después de muchas dudas, llegar a una farmacia y pedir una prueba de embarazo, y ahí mismo me la hice.

—Espere unos minutos, ahorita sabremos el resultado —me dijo el joven. Al esperar, yo estaba nerviosa y creo que tu papi también.

—Listo, ya está el resultado: en este caso salió positiva.

Y luego, tu papi comenzó a besarme y abrazarme delante del muchacho. Yo estaba muy sacada de onda, no lo podía creer;



de hecho hasta me dio vergüenza que nos vieran así. Nos salimos del lugar y afuera tu papi lloró y yo seguía atontada por completo. Después me reclamó por qué no lloré ni demostré mi alegría por estar esperando un bebé, o sea a ti.

Cuando realmente me emocioné fue cuando el médico me confirmó la noticia. Y te confieso: no estábamos casados, pero ya traíamos planes de hacerlo, y a los dos meses lo hicimos. Yo trabajaba en una oficina, así que mi vida como mujer embarazada transcurrió entre conciliaciones bancarias, reportes y más. Empecé a engordar muchísimo, yo era muy delgada, y me cuidaba de no comer mucha harina, pues quería que estuvieras sano y grande.

Y así fue: en mi pancita fuiste un niño saludable. Recuerdo tu primera patadita, se la diste a tu papi un día que yo estaba acostada sobre el piso. También recuerdo la emoción que sentimos cuando el médico que me atendía de manera particular nos dijo que eras niño; y ni cómo negarlo, se te veían las “bolitas” muy grandes.

Nos encantaba verte en las sonografías. Según el médico todo iba muy bien; aparte me revisaban en el Seguro, ése al que no te gusta ir, y concluían lo mismo: viento en popa el bebé.

Yo me imaginaba el día en que ibas a llegar; veía películas, escuchaba las pláticas de mis amigas que ya habían tenido bebés, les hacía mil preguntas, empecé a comprarte algunas cositas. Tu tía Aby me organizó un baby shower y tu abuelita Josefina otro; eran unas fiestas para celebrar tu llegada, hubo regalos y juegos. Por cierto papi te tenía un baloncito para jugar juntos un “tochito”, decía.

Ya era hora de que salieras de mí, sólo que no te animabas. “Es que es primeriza”, decían las enfermeras. “Va a tener que esperar más tiempo”, aseguraban.

Hijo mío, mi niño, durante años cargué con la culpa, con el arrepentimiento, con las ganas de decirte ¡perdóname! Sí, sé que no me entiendes mi amor, pero siempre quise decirte eso: perdón, perdón por llevarte al lugar equivocado, perdón por no darme cuenta que sufrías, perdón por tu dolor, perdón por no haberte



amamantado al momento en que saliste de mí, perdón porque te llevaron lejos de mí, perdón por ese fatal día que suena extraño llamarlo así, pues irónicamente es tu cumpleaños.

Me imagino qué estás pensando: —Sí que está loca mi madre, no sé por qué me echa tanto rollo. Pero en el fondo sabes de qué hablo. A partir de ese día han sido innumerables las visitas a los médicos; he tenido que oír sus diagnósticos tan fríos y en ocasiones ciertos; nos ha tocado ver desde los doctores más agradables hasta los más petulantes; te hemos llevado a tus terapias para mover tu cuerpo, para aprender cómo ayudarte a hacer tus ejercicios, en fin... Ha sido mucho trabajo. Por supuesto las lágrimas tuyas, mías y las de papi, son las que más han abundado.

Con el tiempo, Dios te mandó otras tres hermanitas, que te aman y adoran; les duele mucho que no puedas andar para todos lados, son muy sensibles (igual que yo), también lloran por tu estado. Sobre todo los días de diciembre en que sale el Teletón, te echan porras para animarte.

Sé que en tu cabecita hay preguntas, pues eres un niño muy inteligente y sé también que estás en paz todo el tiempo, me refiero a la parte de ¿por qué me lloran? ¿qué les pasa a todos? Yo sé que eres feliz en tu condición, pero te lo tengo que confesar Irving: te lloramos y nos ponemos tristes porque hay en este mundo, una “supuesta” forma de vivir, de hacer las cosas de cierta manera, de salir adelante en una “sola” dirección, de defenderte ante la lucha diaria de convivir con la misma gente, de arriesgarnos día a día a enfrentar lo que se nos ponga enfrente. Y tú mismo sabes que algo te pasa, algo que no va con la forma “común” de vivir en este mundo. Esta es una de las partes más dolorosas para mí, hijo: el saber que eres un ser humano, empero el protocolo establecido por la misma sociedad te aleja de una integración tangible, por aquello de ir “en contra de la corriente”, es decir por ser como tú eres.

Por si no me entiendes, me refiero a tu estado. Sabes muy bien que algo ocurre con tu cuerpo; sé por la expresión de tu cara y por los movimientos que tratas de hacer, que deseas



levantarte; entiendes muy bien la relación que existe cuando alguien se desplaza, cuando alguien habla o baila. A eso me refiero. Con todo el amor del mundo que te tengo y más allá de los confines del universo —si es que los hay— desearía que nada te hubiera pasado, pero no hay vuelta atrás. El “coco” que tienes en tu cabecita es para toda la vida. Como al salir de mí no respiraste pronto, eso te ocasionó daño; eras muy grandecito para la estructura de mi cuerpo; por eso tienes esas limitaciones sólo físicas, porque las del amor están intactas.

Al pasar los años, he caído en la cuenta de que no fui culpable por lo sucedido en tu nacimiento, las circunstancias así se dieron. Ni culpando a los médicos se alivia el dolor. Pero tengo que estar bien para ti y tus hermanitas. Fíjate que una de las formas de calmarme ha sido escribiendo, esto me ha liberado de los grilletes que había venido arrastrando. ¿Te acuerdas que participé en tu escuela en los concursos de literatura? Por cierto en uno de ellos yo estaba llorando al leer mi escrito, la gente estaba conmovida y cuando volteé a verte, estabas todo dormidote con la boca abierta. ¡Vaya forma de ponerme atención!

Te acepto en cuanto a la capacidad que tienes de hacer las cosas de diferente manera, no me importa que no encajes con los métodos que “deben de ser” en este planeta; con el simple hecho de ser o vivir diferente a los demás, ya es suficiente para que en ocasiones te señalen, mas no merma en lo absoluto mi admiración por ti.

Quiero expresarte además, que con el paso del tiempo he ido viendo tu crecimiento, me dio risa cuando me dijeron que ya eras adolescente, para mí eres muy chiquito aún, sólo cuando te veo en brazos de otra persona observo lo mucho que has crecido. Tristemente he visto cómo algunos de tus músculos se han atrofiado, por eso cuando muevo y estiro tus piernas, te quejas al instante. ¿Sabes? ahora que lo pienso, eres muy valiente, has vencido cuanto obstáculo se te ha atravesado; has soportado mucho más de lo que yo hubiera podido.

Eres mi ídolo, mi modelo a seguir; demuestras cada día que se puede vivir sin llenar todos los “requisitos” de este mundo.

Por eso decidí escribirte esta carta, creo que han sido muy pocas las ocasiones que he hablado contigo así de directo; a decir verdad, es la primera vez que lo hago. Por lo general he platicado con mucha gente sobre tu historia, y tú has estado presente en ese momento. Pues en esta ocasión no te toca escuchar lo que parloteo, sino que tú eres el destinatario de lo que varias veces he evitado comentarte. Hacia ti va todo lo que estoy escribiendo.

Una vez que te la haya leído, sé que tu carita estará iluminada y con las cejas fruncidas, así como diciendo “siempre no está tan *crazy* mi mami”. Yo estaré ahí para confirmarlo, el ambiente se llenará de esa dulzura que emana de tus poros y que será perceptible para toda tu familia. No te prometo no llorar; tú querrás hacer los clásicos pucheros, ya que sabrás que estaré emocionada. Acto seguido te llenaré de besos, y en esa panza flaca, te haré cosquillas. Empezarás a reír como sólo tú haces, llegarán tus hermanitas junto con papi a unirse a la algarabía y así todos juntos gritaremos: ¡Irving, Irving! Y la vocecita de Natalia, tu hermana la más pequeña, tratará de decir tu nombre: ¡mimin, mimin!

Me despido mi flaco-tragón; me siento muy satisfecha con esta carta. De corazón espero te emocione tanto como a mí. Mañana nos espera otro día en el CRIT, donde te sientes tan a gusto. Mano a mano seguiremos juntos; evitaré temer el futuro, que por cierto escuché decir que no existe, entonces ¿Porqué temerle a algo que no lo hay?

Te amo Irving, mil gracias por ser como eres. En mi vida había conocido a un niño con la convicción más firme del mundo: SER FELIZ.